

082. El día de los milagros

Los tres evangelistas Mateo, Marcos y Lucas señalan un día muy singular de Jesús en Cafarnaúm, llamado acertadamente *El día de los milagros*. ¿Qué hizo Jesús en aquel sábado tan especial? (Mateo 8; Marcos 1; Lucas 4)

Ante todo, como buen judío —y ahora ya como buen Maestro de Israel—, acude a la sinagoga para el culto. Se lee la Biblia. La explican los rabinos. Todos recitan y cantan los salmos.

Hasta que Jesús pide la palabra al arquisinagogo, porque quiere Él también transmitir una palabra al pueblo. Explica, y todos quedan embelesados por la doctrina del joven Maestro de Nazaret. Al final, exclaman entusiasmados:

- *¡Esto es autoridad! ¡Qué palabra la de este Jesús! ¡Éste sí que habla por sí mismo, y no como los escribas y fariseos!*

Esto era lo que comentaba la gente, llena de cariño y de entusiasmo. Hasta que, en medio de la alegría de todos, un pobre hombre, poseído del demonio, empieza a gritar furioso:

- *¿Qué tenemos que ver contigo, Jesús de Nazaret? ¿Es que has venido a perdernos? Yo sé quién eres: Tú eres el Santo de Dios.*

Jesús adivina todo. El demonio maldito está hoy más terrible que nunca, es cierto, pero al mismo tiempo está tendiendo una trampa a Jesús. Y entonces el Señor, con pleno dominio de Sí mismo y de la situación, se le encara con decisión:

- *¡Cállate, y sal de ahí!*

No se trataba de un enfermo, considerado poseído del demonio, y que Jesús curaba de un mal físico. No. Éste era un endemoniado verdadero. Y el demonio, ante la fuerza superior que le manda, sale hecho una furia del pobre hombre, al que arroja violentamente contra el suelo en medio de la asamblea, pero sin hacerle mal alguno.

La gente se pasma, y exclaman todos sin salir de su asombro:

- *¿Qué es esto? Nunca hemos visto cosa igual. Manda a los espíritus inmundos, y le tienen que obedecer, sin que se le puedan resistir.*

Ahora va a venir otro milagro, lleno de cariño y simpatía. Jesús se hospeda en cada de Simón Pedro, el pescador. Llegan a casa, y la suegra de Pedro está en cama, con fiebre muy alta; dada la medicina de entonces, nula prácticamente, a lo mejor en peligro de muerte. Jesús capta la angustia de todos:

- *¡Señor, mira cómo está!...*

Jesús, sin hacerse rogar más, lleno de afecto con la querida familia, agarra la mano a la enferma:

- *¡Arriba! ¡Levántate! Y que esa fiebre no vuelva más...*

Y la enferma de antes, ahora feliz y llena de vigor, se levanta y, sin rastro de dolor ni pereza, se pone a servir a todos en la mesa.

El endemoniado y la suegra de Simón son los dos casos citados expresamente por los evangelistas, pero hubo algo y mucho más.

La gente se da cuenta de lo que tienen consigo, porque la voz ha corrido como la pólvora: -*¡Milagros, milagros! Jesús, el Maestro de Nazaret, tiene poder para curar...*

Y al atardecer —lo dicen los tres evangelistas—, las gentes se presentan a puñados, se agolpan ante la puerta de la casa con todos los enfermos que tenían, y Jesús, bondadoso, sin impacientarse, va curando a todos, tal como se los traen. Vienen también

con endemoniados, y Lucas nos dice que se repetía lo de la mañana en la sinagoga, el grito desesperado de Satanás:

- *¡Tú eres el Hijo de Dios!...*

Pero Jesús se impone definitivamente a los demonios:

- *¡A callarse, y basta más!...*

Mateo, después de su narración, saca la lección mejor, y nos la transmite en su Evangelio —válida entonces, y hoy más actual que nunca—, al decirnos de Jesús: “*Así tomó nuestras flaquezas, y cargó con nuestras enfermedades*”.

Jesús, que sabía hacer muy bien las cosas, empieza su ministerio con milagros que lo autorizan. Pero milagros muy bien escogidos. No como los que después le pedirán sus enemigos:

- *¡Milagros del cielo, milagros del cielo es lo que queremos ver! Detén el sol en su curso, como Josué.... Haz como hizo Moisés, y que aparezca la nube luminosa que nos alumbra la noche... Sube al cielo en carro de fuego como Elías, y vuelves de allí otra vez, para creer que realmente vienes del cielo...*

Esto es lo que hubieran querido sus enemigos, a los que dirá Jesús:

- *¿Milagros del cielo? No se les dará otro que el de Jonás...*

Ahora no discute. Sencillamente, sus dos milagros principales son lanzar a los demonios fuera de los posesos y curar las enfermedades corporales. Y lo hace como un signo, como señal y enseñanza de lo que ha venido a hacer, realizar la salvación del mundo. Como si nos dijera, sin palabras, pero sí con gestos:

- *Satanás pierde ya su imperio; el demonio ya no tiene nada que hacer en el mundo, esclavo suyo hasta ahora. Viene uno más fuerte que él, y le arrebató el mando. El pecado, significado en la enfermedad, que lleva a la muerte, tiene que desaparecer, y yo lo voy a clavar en la cruz. ¡Mundo, alégrate, que la salvación está ya a tus puertas!...*

No digan que fantaseamos al hablar así. Porque así fue la inauguración del Reino traído por Jesucristo. Hablaba Jesús, y con hechos evidentes demostraba que su palabra era verdad. El Reino ya está iniciado y en plena marcha, de modo que nadie lo puede detener.

Hay en nuestros días mucho pecado en el mundo, y es cierto, porque pareciera que el mundo está vendido a Satanás. Pero, no; el mundo es de Cristo. Y un día, limpia y libre la Tierra del todo, aparecerá el Reino en todo su esplendor.